

la miseria sojuzgada, al dolor sin queja, a la Justicia reducida a la voluntad de un sujeto, que allá, en su casa, disponía de todo.

Y después de ese espectáculo, en el que agoté mis medios de observación, sonó en mi alma un grito, grito que quiero repetir aquí, donde me oyen los ilustres, los valerosos, los imperturbables mantenedores del derecho.

El grito fué éste:

— ¡Cobardes, cobardes!

Todo lo que ocurre no es sino la consecuencia de la cobardía común. *Aldea sierva* es el ejemplo de de esa cobardía. No hay una ocasión en que la muchedumbre se levante, no hay una hora en que la ira palpite. El secreto dominador cuenta siempre con el miedo de los otros. Harto sabe que se le odia. Sabe también que se le teme.

Pusilánimes, los reclamantes, desorientados en el camino de la queja, chocan con los más venerandos mantenedores de la ley y no se ocupan del causante de la iniquidad. Así en esas revoluciones efímeras, queda en pie el vil y es perseguido el noble.

Poned con la hipótesis del deseo, en el cerebro del humillado lugareño el éter de la energía, y cambiará la escena, sin que sean precisas las violencias. Ya he dicho que en esta tierra no se sabe decir *no*. Y añadiré que tampoco es usual la frase *yo quiero*. Advertiréis que el débil pasa bruscamente del silencio resignado al grito frenético, y que, sin término medio que gradúe el proceso, las manos quietas, que parecen mostrar las heridas de las esposas de la es-